

EL SENTIDO DEL RELATO HISTÓRICO-POLÍTICO EN EL DISCURSO DE LAS GUÍAS TURÍSTICAS DE MÉXICO

Sara María de Lourdes Rodríguez Ortiz

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (México)

mlourdes.rodriguezo@gmail.com

THE SENSE OF HISTORICAL-POLITICAL NARRATIVE IN THE DISCOURSE OF TOURIST TRAVEL BOOKS TO MEXICO

Resumen: El turismo constituye un fenómeno económico, social y cultural que ha cobrado gran relevancia mundialmente. De esta manera, se ha ido construyendo un código globalizado, donde las significaciones de lo que hay que ver y admirar se han internacionalizando, las cuales se inscriben en diversas manifestaciones discursivas, siendo las guías turísticas una de las más importantes. Los acontecimientos histórico-políticos, que dan cuenta del desarrollo nacional de un país, nos hablan de distintas confrontaciones y luchas entre los sujetos o grupos que desempeñan actos políticos para lograr la administración y la convivencia social, todos situados en correlaciones de fuerza y de poder en determinados momentos históricos. Dichos sucesos están inscritos en las guías, sin embargo, son sólo el resumen de la historia oficial de una nación, y presentan como rasgos principales la fragmentación, la descontextualización y la heroicidad, los cuales se ilustrarán con algunos ejemplos en guías mexicanas.

Abstract: Tourism is an economic phenomenon, social, cultural that today, has become globally important. In this way, it has been building a global code, where the meanings of what to see and admire have been internationalized, which fall into various forms of discourse, with the tourist guides being one of the most important items. The historical-political events, which account for the national development of a country, we speak of various confrontations and fights between individuals or groups who have political action to achieve administrative and social life, all located in the correlations of strength and power in certain historical moments. These events are listed in the tourist guidelines, however, are only the summary of the official history of a nation, and have as main features: fragmentation, de-contextualization and heroism. These will be illustrated in Mexican travel books.

Palabras clave: Turismo. Significación. Fragmentación. Descontextualización. Heroicidad.
Tourism. Signification. Fragmentation. De-contextualization. Heroism.

En la actualidad, hablar del turismo constituye un tema que no se puede soslayar de diversos campos de estudio, ni de una realidad que cobra cada vez más importancia por los impactos que produce en los ámbitos de la economía, de la producción de bienes culturales, en la resemantización de hábitos y tradiciones, en las expectativas del viaje, etc. De acuerdo al Programa Sectorial de Turismo 2007-2012 de la Secretaría de Turismo “México destaca por ser, junto con China y Turquía, uno de los países en desarrollo que se encuentra en la lista de los diez primeros países con mayores llegadas de turistas en el mundo” (2007:10). En este contexto, el turismo adquiere un espacio privilegiado de análisis, una industria que puede ser abordada desde diversas disciplinas; en este caso, desde la visión del sentido del relato de acontecimientos histórico-políticos que forjaron nuestra nación en el discurso de sus guías impresas, el cual se relaciona con el objeto transdisciplinario de la comunicación.

I. Orígenes y desarrollo del turismo

Los inicios de la industria turística se sitúan en el siglo XIX y aparece determinada por una serie de factores económicos y sociales. Antes de analizar esta situación me remitiré a los desplazamientos, a los viajes que se llevaron a cabo antes de este momento, con el propósito de ubicar algunas características que el viaje moderno va a asumir, es por ello que señalaré: las condiciones en que se realizaban, los fines que tenían y los agentes sociales que los llevaban a cabo.

El viaje en la antigüedad estuvo determinado por razones comerciales y religiosas, es así que, por ejemplo, en la Grecia Antigua, los griegos realizaban grandes peregrinaciones a Delfos y Olimpia que eran unos de los principales centros de culto.

Las conquistas de Alejandro el Grande en el siglo IV AC marcan un nuevo tipo de desplazamiento, se abren modernas rutas que van a permitir la movilización del comercio y el control político, lo cual va a favorecer que los grupos privilegiados puedan viajar como una forma de distracción y recorrer largas distancias. Sin embargo, los centros urbanos se fueron sobre poblando, por lo que se instauran grandes centros recreativos, “balnearios”, junto a las ciudades como Daphne cerca de Antioche, Canopus de Alejandría, Pompeya de Roma.

Posteriormente, la expansión del imperio romano determinó un desarrollo de las comunicaciones. “La situación política y también económica exigían una homogeneización espacial del imperio. Ella fue obtenida técnicamente por la construcción de la grandiosa red de rutas romanas” (Enzensberger, 1965: 216), lo cual impulsó el turismo. La parte occidental de Italia se convierte en un lugar de diversión para los romanos, se abren casas de hospedaje, oficinas de viaje, se establecen conexiones marítimas desde esta área hacia otros puntos del imperio.

Por otra parte, se mantienen los viajes a los balnearios y se desarrolla un nuevo tipo de viaje: el educativo y cultural destinado a los jóvenes. La riqueza cultural del mundo griego se convierte en una aspiración, “Atenas, Olimpia, Delfos, Epidaure, Smyrne, Pergamo, Efe-sos, Rodas, Lesbos, Alejandría, Menfis, Tebas fueron los símbolos del mundo civilizado que prometían una cultura y una educación de una valor superior” (Stavrakis, 1979: 4).

Hasta aquí, el panorama nos muestra cómo el turismo no es ajeno al desarrollo económico, social y político de la sociedad. Los grandes imperios de poder van a requerir medios de control e intercambio que van a favorecer los viajes de los comerciantes, aventureros, pero también de los grupos que tienen medios económicos para salir de la ciudad y viajar por placer. No es azaroso que sea en este marco cuando el viaje aparece con fines culturales, pues éste implicó una cierta estabilidad política y un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

En la Edad Media, la organización social y económica orientó los desplazamientos hacia el comercio y, por otra parte, fue la época de las grandes peregrinaciones cristianas. En el Renacimiento, los fines del viaje cambian nuevamente, existen condiciones para que el viaje

retome sus características culturales e Italia se convierte en el centro del turismo europeo del siglo XVI, por ser considerado el país de mayor tradición cultural.

Posteriormente, gracias a los cambios políticos y económicos, a la situación de inestabilidad territorial que existían en Italia, se genera un nuevo polo de atracción para el desarrollo del turismo que se sitúa en Inglaterra.

Los ingleses impulsaron el viaje cultural de los jóvenes a través de todo el continente europeo. Al igual que los romanos buscaban que sus jóvenes completaran su educación en Grecia, el Grand Tour, nombre específico del viaje, además de que servía para que los nobles ingleses continuaran su formación política y cultural, pues se trataba de que conocieran otros ámbitos aristocráticos con el fin de profundizar en la política de los países y aprender las artes de la diplomacia; por otra parte, el viaje era una forma de entrar en contacto con la cultura, los hábitos, las costumbres de otros pueblos. Este último objetivo se ligaba a la recreación, ya que también los jóvenes paraban en los balnearios de la época.

Para realizar el viaje se preparaba un itinerario muy riguroso con mucha anticipación, calculando los gastos que se iban a realizar en cada lugar; los hijos más preparados de una familia noble viajaban solos y los restantes iban acompañados de un jefe de ruta, mentor, tutor, criados, y cocheros, todo con el fin de que el joven pudiera aprender lo que se había fijado como meta.

El Grand Tour era, de esta manera, un viaje para la vida, y es importante como antecedente del turismo moderno no solamente por la forma en que se organiza, sino también por las funciones que cumplía para la nobleza, las cuales desde la época del imperio romano hasta la fecha van a persistir como una forma de mantener el poder hegemónico.

A medida que la fuerza comercial e industrial de Inglaterra aumenta en el siglo XVIII, se manifiesta una tendencia de apropiación de objetos culturales traídos como símbolos de haber visitado el continente,

“Cada turista que regresaba de Inglaterra debía llevar con él la prueba de que su viaje había sido un baño de cultura del viejo continente. Las casas del siglo XVIII de la nobleza inglesa no eran más que copias idénticas de aquéllas del siglo XVI en Italia. Por ejemplo, la fachada del “Burlington House” era una imitación del “Palladio’s Palazzo Porto” (Ibid., 1979: 6).

Paralelamente a estos viajes que realizaba la aristocracia de los siglos XVII y XVIII, se produce el movimiento romántico, el cual va a enmarcar el espíritu de los desplazamientos turísticos; el viaje se concibe como un reencuentro con la naturaleza y un reedescubrimiento de la historia, los objetivos son entonces la contemplación de los paisajes y la arquitectura. Este movimiento afirmaba, por otra parte, la necesidad de viajar como una manera de abrirse a otros valores, como una forma de liberación del ámbito del país de origen.

La industria turística nace en el siglo XIX. El desarrollo de las fuerzas productivas implicó ampliar las redes de comunicación, el ferrocarril y el barco de vapor hacen su aparición y se convierten en portadores de mercancías y en los instrumentos de expansión del capitalismo. Por otra parte, además del círculo burgués que posee los medios de producción, se origina la pequeña burguesía que tendrá ahora la posibilidad de consumir y de viajar, es así que aparecen los primeros agentes de la industria turística que se van a desarrollar en el siglo XX.

En cuanto a las metas del viaje o los lugares y objetos que deben ser vistos y admirados, aparecen las guías turísticas que van materializar los propósitos de la burguesía en ese momento con respecto al ocio: el encuentro con la naturaleza y la cultura. En 1836 se publica en Inglaterra el libro “Red Book” de John Murray donde se hace “un inventario de las curiosidades de Holanda, de Bélgica, de los países del Rhin y recomendaba al turista las rutas más pintorescas y románticas (Enzensberger, 1965: 214). A partir de esta obra surgen

en toda Europa diferentes guías turísticas encaminadas a evaluar los lugares a ver y de esta manera orientar a los turistas; en 1841 aparece el Itinerario de Suiza, que se convierte después en la “Guide Joanne” y en 1916 en la “Guide Bleu” (Lerivray, 1975: 11).

Otro elemento importante cuya aparición se ubica en esta época es el guía de turistas. Esta actividad tuvo su origen en el siglo XVIII cuando empieza a desarrollarse el alpinismo en Europa; los guías de montaña formaban asociaciones y acompañaban a los viajeros mostrándoles las rutas más accesibles, tenemos así en 1841, la Unión de Guías de Montaña de Chamonix como un grupo profesional.

Durante el siglo XIX se establece también en las ciudades la demanda de guías, ya que los viajes largos tenían que llevarse a cabo en varias etapas, así, el guía era una solución para que el viajero conociera las ciudades mientras se reanudaba el viaje. Con la aparición de las guías turísticas el papel del guía se transformó: se amplía el espacio del carroaje del viaje y el guía entra a formar parte del servicio de transporte, que más tarde será el autobús turístico (Knebel, 1974).

La organización colectiva de viajes, la elaboración de itinerarios o programas y la venta de paquetes de viaje se inicia en 1841 con Thomas Cook, quien organiza el primer viaje colectivo de Loughborough a Leicester; cuatro años más tarde funda su oficina de viajes que atendió las necesidades de la pequeña burguesía. En 1863, Louis Stangen abre en Alemania la primera oficina de viajes turísticos del país, pero ella estaba destinada a servir a la “buena sociedad”, es decir, exclusivamente a la burguesía (Enzensberger, 1965). En 1880 aparece la primera cadena hotelera: Ritz.

Dichos elementos ponen las bases del turismo como una industria de bienes político-culturales de consumo masivo. Con la estructuración del capitalismo monopolista es que hoteles, transportes, diversión, etc., se consolidan gracias a la aparición del capital financiero.

Las firmas multinacionales turísticas, bajo las cuales se integran los servicios, van a controlar, ajustar y repartir los mercados, con lo cual se eleva la tasa de ganancia, se moviliza el capital y los productos, es decir, se dinamiza la circulación de la producción.

A partir de la aparición del capital financiero fue viable desarrollar la industria a nivel mundial, pues fueron los créditos a empresas y gobiernos los que posibilitaron su expansión, así, sin el crédito la industria turística no hubiera existido; inclusive, encontramos el caso del préstamo al consumo, el “viaje ahora y pague después” que ha permitido el desenvolvimiento del turismo masivo.

En la actualidad, dentro de la industria se encuentran reunidos diversos intereses financieros e industriales internacionales, los cuales han orientado su capital en esta industria por considerarla estratégica para la reproducción del mismo, debido a la gran cantidad de divisas que produce. Y si esto es real en las zonas del centro, lo es en mayor medida en los países de la periferia, donde las firmas multinacionales se instalan controlando la industria a través de diversos mecanismos, y donde obtienen un beneficio creciente, puesto que entre otras cosas, la mano de obra es más barata que en los países centrales.

Los productos de esta industria son considerados “atractivos turísticos”, los cuales se seleccionan en función de agradar e interesar, en mayor medida, a consumidores nacionales y extranjeros y vender, así, los espacios, lugares o ciudades, los objetos o expresiones culturales que contienen y los acontecimientos histórico-políticos que se desarrollaron en dichos ámbitos territoriales; de esta manera, “para seducir tanto al residente, como al visitante y al inversor, se despliegan técnicas empresariales y políticas, que basándose en escenografías inspiradas en la publicidad, promocionan las ciudades como si fueran verdaderos productos comerciales” (Delgado, 2007: 93).

Hoy se nos presenta un espectáculo estereotipado en un mundo globalizado, planteará Marc Augé (1998), donde se da una ficcionalización del mundo, de su desrealización aparente. Así, el mundo existe todavía en su diversidad. Pero ésta prácticamente no se relaciona con el caleidoscopio ilusorio del turismo.

El turismo busca ofrecer al turista aquellos productos atractivos, singulares deshistoriados de sus amplios contextos políticos, pues lo que se intenta es que el sujeto se olvide de su cotidianidad, de aquella rutina repleta de conflictos de diversa índole; de aquí que todas las manifestaciones discursivas (las del guía, las guías turísticas, folletos, fotografías, películas, etc, estén plagadas de valoraciones que tienen que ver con la felicidad, alegría, descanso, belleza pura, encanto, etc.) Así, el turismo promete sacarnos de nuestra realidad de origen y llevarnos a los paraísos, al edén que no hemos visto ni experimentado; se trata de un imperativo de lo que tenemos que mirar, gozar y vivir “necesariamente”.

II. Entre el discurso oficial de la historia y el discurso histórico-político del turismo

En primer lugar reflexionaremos sobre el discurso de la historia y entrelazadamente sobre el discurso político, ya que ambos temas configuran dos dimensiones que difícilmente se pueden escindir, aunque el discurso turístico pretenda este objetivo.

El discurso histórico se configura de datos, de acontecimientos que van transformando la vida humana en todos los ámbitos. Desde luego, hay una selección que hace el historiador de los sucesos que trabaja, es decir, hay un criterio pertinente de elección porque éstos no hablan por sí mismos: “Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo” (Carr, 1987: 15).

El historiador, por tanto, tiene que interpretar los datos, hacerlos hablar a partir de una mirada propia. Desde esta perspectiva, el historiador no sólo ejerce un criterio selectivo a partir de la búsqueda de los hechos, sino también en la explicación de sus causas y en la jerarquización de ellos para poder hacer un planteamiento e interpretación históricos, todo ello desde el lugar que ocupa en la trama de relaciones sociales.

A partir de lo anterior, podría preguntarse: ¿existe la objetividad en la historia?. Nos parece que la “objetividad”, entendida como la separación rígida entre el sujeto y el objeto es imposible como en todo ámbito de las ciencias sociales, “La objetividad en la historia –si es que hemos de seguir utilizando este vocablo convencional– no puede ser una objetividad del dato, sino de la relación entre dato e interpretación, entre el pasado, el presente y el futuro” (Ibid., 1987: 162). Pero esta relación también está sujeta a la mirada del observador, a su punto de partida, a su patrón de cosas importantes, a la finalidad con que elabora su propio discurso: “No hay discurso histórico cuya eficacia sea puramente cognoscitiva; todo discurso histórico interviene (se inscribe) en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna” (Pereyra, 1987: 13).

Las historias oficiales nacionales sirven para mantener el sistema de dominación imperante. Su objetivo fundamental es contribuir a construir y reconstruir el consenso en torno al poder hegemónico. Se busca la identificación de los sujetos a partir de acontecimientos que han sucedido para llegar a ser lo que se es, aquello que hoy por hoy es significado de estabilidad, progreso, unidad y modernidad, los signos que asuma un poder en un momento dado. Enrique Florescano enuncia:

“A lo largo de los siglos la mayor parte de la historiografía mexicana ha recuperado, ocultado, descubierto, revalorizado, integrado y amputado el pasado bajo la presión de la lucha política y la conformación política y social de la nación. Si en general no ha operado como un instrumento explicativo de los procesos históricos, como un saber que indague el sentido de esos acontecimientos y procure su inteligibilidad, en cambio ha sido fidelísima en actualizar las cargas del pasado en el presente” (1987:103).

Este planteamiento tiene sentido no sólo por lo dicho anteriormente, sino porque se

trata de un país donde un sistema, una fuerza, un partido político han regido la vida de la nación a lo largo de varias décadas, y ahora experimenta un difícil proceso de transición a la democracia.

El discurso de la historia oficial en México, que sirve de fuente al discurso turístico, se ha caracterizado por narrar los hechos como extraordinarios, desde una perspectiva épica:

“En el siglo XIX –y la tendencia se prolonga con las deformaciones consecuentes hasta hoy– la tendencia fue identificar historia con épica y sentimiento histórico con la cauda de reacciones que desatan los enfrentamientos, los mártires, la construcción y el crecimiento de las ciudades, las grandes traiciones y los grandes sacrificios, las batallas y las conspiraciones, las sublevaciones y las matanzas” (Monsiváis, 1987: 176).

En su estructura, el discurso de la historia permite ciertas anécdotas que, tomando en cuenta lo anteriormente dicho, corresponde al,

“modelo de esos relatos que admiten el relleno de los intersticios entre sus funciones por medio de anotaciones estructuralmente superfluas, y es lógico que el realismo literario haya sido con pocos decenios de diferencia, contemporáneo de la historia «objetiva», a lo que habría que añadir el desarrollo actual de las técnicas, las obras y las instituciones basadas sobre la necesidad incesante de autentificar lo «real»: la fotografía (mero testigo de «lo que ha sucedido ahí»), el reportaje, las exposiciones de objetos antiguos (una buena muestra sería el éxito del show de Tutankamon), el turismo acerca de monumentos y lugares históricos” (Barthes, 1994: 185).

La historia de los héroes y sus “heroicidades” recorren este discurso que procura recordar que gracias a ellos se sustenta el poder establecido. Todo es bello en la historia oficial, pues lo que antes no era “nación”, se ha ido constituyendo y ha conformado un presente que pareciera el final feliz de una historia, de una historieta.

En esta teatralización épica, ¿qué lugar ocupa el pueblo?. Se le presenta como un espectador ante su héroe. El pueblo es la masa que sufre, lucha, agoniza, triunfa pero siempre en torno a las acciones de ese líder super-hombre,

“En la historia oficial, así se les elogie, las masas rodean las agonías trágicas, son paisaje fervoroso, la dócil o rencorosa materia que el héroe guía, o que el héroe contempla con vil indiferencia. Sólo en tanto voluntades inflamables las masas ingresan a una historia que es, en lo básico, el dominio de los elegidos, el pasmo ante el puñado que va forjando el destino común” (Monsiváis, 1987: 179-180).

El pueblo aparece como un ente sin historia, ajeno a las luchas sociales, económicas, políticas, culturales que él mismo protagoniza.

Este discurso “extraordinario” se materializa también en los monumentos a los héroes, porque en eso se han convertido esos personajes, en monumentos. Los datos de años, nombres de lugares y argumentos justificatorios de las “hazañas” son otros rasgos del discurso histórico oficial. Ante este espectáculo no queda más que decir: ¡Qué hombres tan geniales, excepcionales!, y una especie de admiración –agradecimiento a “la vida”–, sumisión, es el efecto de sentido que este discurso produce. De acuerdo a Marc Augé (1998), se trata de un relato de aventuras, en el mejor de los casos, donde la guerra ha terminado,

“Lo que se le brinda al turista es esa reserva natural de la Verdad que es un centro histórico monumental, es precisamente una constelación ordenada de elementos que se ha dispuesto para él –sólo para sus ojos– y que configura una verdadera utopía, es decir, un montaje del que han sido expulsados los esquemas paradójicos y la proliferación de heterogeneidades en que suele consistir la vida” (Delgado, 2007: 99).

En relación al acontecimiento político, caben también algunas consideraciones relevantes, retomando fundamentalmente el pensamiento de Hannah Arendt, el cual resulta ser muy contemporáneo. La actividad política consiste en construir las significaciones que permitan la convivencia entre los hombres en un ‘mundo común’, tomando como eje articulador la pluralidad, la diversidad de posiciones entre los mismos. De esta manera, Arendt aclara: “la política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres... La política trata del estar juntos y los unos con los otros de los *diversos*” (1997: 45).

La política necesariamente implica una construcción del sentido de las interacciones entre los seres humanos porque son ellos en su pluralidad, los que ejercen el poder de edificar el mundo, como sujetos concretos y terrenales y no como entidades autónomas o preexistentes, así, la noción de sujeto político no supone sustrato ontológico alguno, como plantea Raymundo Mier (2004).

La política no es una acción aislada, no surge del hombre, sino entre ellos y entre nosotros buscamos un mundo común, es decir, participar activamente en la construcción de un ámbito de significación común, de acontecimientos dotados de sentido.

La acción es generadora de nuevos escenarios significativos y de nuevas prácticas, por lo que no sólo hay una mirada sincrónica del acto político, sino también diacrónica al producir nuevos sucesos: “cada acontecimiento en la historia humana revela un paisaje inesperado de acciones y pasiones y de nuevas posibilidades que conjuntamente trascienden la suma total de voluntades y el significado de todos los orígenes” (Birulés, 1997: 33).

Es la expresión del sentido a través de lenguajes, silencios, gestos, palabras, signos, aquella que irrumpen los espacios y los tiempos de una sociabilidad distante a la duración y a sus ritmos, al deseo y a la espera del encuentro, a la expectativa del vínculo en el entorno de un futuro impredecible, la que otorga su valor distintivo al intercambio político.

De esta manera, los hombres hacen ver lo que son al hablar y al actuar, mostrando activamente sus identidades, por ello, la acción como inicio no es el comienzo de algo sino de alguien. Así, el acto y la palabra:

“se hallan estrechamente relacionados debido a que la acción humana debe contener al mismo tiempo la respuesta planteada a todo recién llegado: «¿quién eres tú?». Al tomar la iniciativa, quien actúa no sólo cambia el mundo puesto que se halla siempre entre otros, comparte con ellos el mundo, sino que se cambia también a sí mismo, al revelar más de lo que antes de actuar sabía sobre su propia identidad” (Birulés, 1997: 21).

En la acción política se gesta un proceso de construcción de identidades que no aparecen sino en relación y por distinción a los otros. Asimismo, como el acto político no es autónomo ni aislado, sino que se realiza en conjunción con otros, se trata entonces también de la edificación de identidades colectivas que esperan una respuesta en virtud de las posiciones que asumen los actores ante lo real, creándose con ello vínculos colectivos y relaciones dialógicas. En torno a este tema, Raymundo Mier puntualiza:

“La acción social involucrada en lo político es ineludiblemente un intercambio, pero no es sólo una respuesta a otro acto, no es un mero momento de restitución

de las identidades en el diálogo, sino una invocación originaria, radicalmente singular: motivada, pero cuyo sentido se aparta de esa motivación originaria. Cada acción social es una ruptura –aun sutil, apenas perceptible– con sus fundamentos, una provocación –voluntaria o involuntaria–, una promesa –explícita o cifrada, veraz o vacía– y una espera, es decir, es al mismo tiempo, impulso, expectación, desafío interpretativo, memoria, saber, reclamo de repetición, suspensión momentánea del sentido, afirmación y postergación de deseos; juegos de ritmos con que se teje el acontecimiento de la voz y las acciones colectivas. Pero el ritmo social es también contemplación y afirmación significada de la convergencia; las configuraciones rítmicas de actos, cuerpos y lenguaje son también promesa de comprensión, de convergencia en el sentido, indicación de reconocimiento recíproco y signo de la fortaleza ética de la trama dialogada de las acciones” (Mier, 2000: 80).

En el desarrollo de acción política resuenan las voces anteriores a su espacio y tiempo específicos de aparición, a las condiciones históricas particulares que dieron lugar a su emergencia, por lo cual están presentes otros actos, otros sujetos que asumieron una posición de sentido ante lo real, configurando los andamiajes, las bambalinas, los ecos y los coros de la escenificación actual. En dicho contexto, todo el acontecer político es ‘polifónico’ y dialógico en relación a su pasado y a su futuro, estableciéndose vínculos afectivos con los actores y la significación de sus actos, con sus formas de interpretación.

Desde esta perspectiva, el ejercer el derecho a la palabra, a la interlocución, a la expresión del sentido a través de diversas acciones, a la manifestación de las diferencias, a la construcción de identidades constituye un principio fundamental del quehacer político.

Es en este momento que se entabla una relación dialógica entre el sentido procesual de las acciones de los sujetos políticos y el historiador que a su vez reclama, espera una respuesta de los agentes sociales intervenientes y de los que actuarán en el futuro manifestando sus diferencias. Al respecto, Raymundo Mier señala:

“Hablar de la gestación de la memoria como condición ética de la política es también hablar de la gestión social del tiempo. No hay ética política ajena a la invención de una memoria colectiva, como tampoco existe en la indiferencia de la acción reflexiva..., cuando la memoria se asume como *creación* de un pasado, admite que su sentido emerge de la génesis, el reconocimiento y la consolidación reflexiva de un régimen diferencial de la acción política” (Mier, 2000: 85).

La acción política surge en determinados espacios, aquéllos donde los sujetos se congregan para aportar un sentido al mundo, donde se hacen presentes en la pluralidad y confrontación de posiciones. Para Hannah Arendt:

“lo público indica, al mismo tiempo, *mundo común*, entendido como comunidad de cosas, que nos une, agrupa y separa... La función del ámbito público es, en Arendt, iluminar los sucesos humanos al proporcionar un espacio de apariencias, un espacio de visibilidad, en que hombres y mujeres puedan ser vistos y oídos y revelar mediante la palabra y la acción *quiénes son*” (Birulés, 1997: 21).

Desde esta perspectiva, se trata de un espacio de autoexhibición, de un escenario específico que emerge de un contexto histórico donde se vierten producciones diferenciadas de sentido y donde los sujetos asumen el riesgo de actuar y ser percibidos, juzgados, evaluados,

valorados, soterrados, ‘masacrados’. Es el espacio donde surge el acontecimiento irruptor de la sociabilidad, aquello que

“emerge a título singular e imprevisto en el tiempo, aparece en el tiempo notoriamente y merece ser conmemorado como tal... Sólo hay acontecimiento cuando se introduce sentido o, lo que es lo mismo, no hay acontecimiento sin mundo común; es decir, el acontecimiento es inseparable de la imprevisibilidad y de la fragilidad de la acción” (Birulés, 1997: 32).

La modernidad tiende a suprimir, a neutralizar las diferencias y con ello a deshumanizar la política. “A través de la representación de una historia universal la pluralidad de los hombres se diluye en *un* individuo humano que también se denomina humanidad. De ahí lo monstruoso e inhumano de la historia, que al fin se impone plena y brutalmente a la política” (Arendt, 1997: 47).

Por otra parte, si la política entraña la creación de la significación del mundo entre los diversos, se implica que hay una interacción viva entre ellos. Con la modernidad se impone la racionalidad capitalista que rompe con las estructuras de intercambio a todos los niveles; los sujetos se van borrando del escenario público, heterónomo y productivo del sentido de los acontecimientos en función de una ‘razón’ universal y totalizante que les propone la idea del progreso sobre la base de la individualidad, de la reabsorción del hombre ‘sobre sí mismo’, como si la razón ocupara hoy el lugar de Dios.

Pero la racionalidad moderna va más allá, construye y acota en las normas una interpretación globalizante ‘del ser’ y el ‘deber ser’ en todos los ámbitos y por supuesto en el político, desdibujando el sentido de la acción que se edifica sobre lo diverso, como lo explica Raymundo Mier:

“La visión totalizadora, abarcadora y, sin embargo, esquematizante, taxonómica, reductiva, excluyente, se torna en visión al mismo tiempo turbulenta y persistente. Da una relevancia exigente a estrategias fundadas en el silencio, el secreto y la opacidad, al mismo tiempo que exalta la visibilidad, la expresión explícita de las normas, la primacía de la mirada jurídica, la implantación exorbitante de la contemplación. La imagen de sí, de los otros, de la sociedad como totalidad se mimetiza en estampas entrecortadas, vertiginosas pero fijas, una composición y un panorama abigarrado, donde se expresa en un conglomerado finito de enunciados e imágenes, la masa inabarcable de procesos de segmentación. La escenificación a la vez intemporal y precipitada, huidiza modela también las formas de la experiencia, la memoria, los horizontes y las alternativas del vínculo, construye el vínculo como simulacro, levanta como escenario de la acción el círculo cifrado de la propia identidad” (Mier, 2004: 4).

En este contexto, hay un proceso de ‘sincretización’ de lo social y sus agentes, de la producción del sentido de sus actos, obras, de sus vidas mismas que se constituye como un valor supremo y consagrado, una identidad no muy lejana a la que edifica ‘la quintaesencia turística’. De ahí que el vínculo escenificado sea realmente un simulacro y los andamiajes institucionales sus férreos soportes.

La acción política implica la emergencia de un sujeto que se enfrenta con otros en la construcción del sentido del mundo y entre los diversos se ‘espera’ un encuentro, la creación del vínculo. En el entorno de la racionalidad moderna se contestan las preguntas, se atan y ‘controlan’ las respuestas, volviéndolas certezas verdaderas, delimitando los márgenes de reflexión, y por tanto, los espacios de la acción, de aparición.

A partir de lo anterior, la autoexhibición no es necesaria, no hay que aportar algo nuevo, la configuración de la identidad singular y colectiva ya está armada, ¡no hay por qué ‘correr riesgos’!. De esta manera, la falta de interacción en el espacio público nos devuelve la imagen de que somos ‘algo’ y no ‘alguien’; algo que puede ser manejado por otros a través de la constante disciplinarización de la sociedad. De aquí, la creciente desaparición de la esfera pública en las sociedades modernas, “en las que la distinción y la diferencia han pasado a ser asunto privado de los individuos, de modo que la conducta ha devenido el sustituto de la acción” (Birulés, 1997: 22).

El hacer productivo de la política se diluye y en lugar de la acción queda un escenario donde más bien se trata del seguimiento pasivo de patrones de conducta, de la inmovilidad, el vacío, la ‘curul de un individuo durmiente’, las plazas y monumentos como atractivos turísticos en el templete de la espectacularidad, la historia de un pasado, presente y futuro arrastrados sin ejes.

En este sentido, la racionalidad moderna se rige también por la exacerbación del control articulado con un principio pragmático de eficacia, a partir del cual se resuelven los conflictos, las miradas discordantes mediante estrategias basadas en tasas de rendimiento y de adecuación al presente, al aquí y al ahora, como lo plantea Raymundo Mier:

“El régimen de eficacia es también la entronización de una visión moral del vínculo amenazada por el fracaso, concebido como la cancelación o la derrota de la eficacia. El juego de las identidades, de los reconocimientos, del prestigio está cifrado en el riesgo creciente del fracaso. La fuerza imperativa de la elección se transforma en la exaltación de la presencia del riesgo: su fascinación y su terror. El reclamo de la elección se torna capilar: impregna los dominios más restringidos en apariencia de la acción humana, se proyecta transversalmente de lo público a lo privado, atraviesa ambos mundos, desestima las fronteras, las pulveriza, se convierte en la operación subjetiva fundamental a la que se adhiere la voluptuosidad narcisista que funda la disgregación de lo público” (Mier, 2000: 86).

El silencio conforma la norma en nuestra actualidad, los talentos, lo aprendido, el trabajo entran en el juego del intercambio mercantil, así, los trabajadores entre más producen, más valen económica y simbólicamente, destacando que la actividad individual es la que mayor valor adquiere; la acción política, ejercida en los espacios públicos, se considera una perdida del tiempo productivo. Para M. M. Bajtín,

“el capitalismo ha creado condiciones para la existencia de un tipo de conciencia irremediablemente solitaria. De ahí la representación de sufrimientos, humillaciones y de *falta de reconocimiento* del hombre en una sociedad clasista. Lo privaron del reconocimiento y le quitaron su nombre. Lo acorralaron a una soledad forzada, a la cual los indómitos tratan de convertir en una *soledad orgullosa* (el poder vivir sin reconocimiento, sin otros)” (Bajtín, 1985: 328).

Desde esta perspectiva, el habla deja de ser política y la comprensión del mundo se construye en una interpretación cuya unicidad va arrasando espejo tras espejo. La dialogicidad política, la confrontación del sentido de acciones y enunciados es cada vez más renuente al intercambio, a la donación y tangencialmente toca la génesis y desarrollo de ‘algún escandaloso’ acontecimiento, sus supuestos cimientos, pulsiones y trayectos.

El silencio da lugar al ‘olvido’, al desconocimiento de las voces ajenas, a la indiferencia de las diferencias, de los otros, y frente a los imperativos institucionales se va cediendo, al

convertirlos cada vez más en formas naturales del ser y del hacer, en comportamientos, en hábitos de cuya obligatoriedad ya nos hemos olvidado.

La experiencia de los límites provoca la ‘parálisis expectante del miedo’ que como señala Raymundo Mier (2000) nos lleva a conjurar el riesgo, a restablecer el orden asumido de la norma. Así, la normatividad va moldeando las visiones del mundo que conforman los marcos de la linealidad de sus espacios y sus tiempos.

El discurso turístico constituye una esquematización de lo político, dejando de lado su consistencia y las diversas explicaciones de las luchas que dieron lugar a otras, todo ello en el marco de la historia oficial, impidiendo que el turista conozca y comparta las acciones políticas de los diferentes sujetos sociales y las condiciones socio-históricas que les dieron origen y las desarrollaron.

III. Algunas ejemplificaciones de los rasgos de acontecimientos histórico-políticos en las guías turísticas

Las guías turísticas constituyen uno de los discursos más transparentes que configuran el código turístico. El turista no puede dejar de tener una guía que determine las rutas atractivas más interesantes que contiene una ciudad o estado pacíficos y sin relieves.

En el presente, y, muy particularmente desde hace una década, la fotografía en las guías representa un papel fundamental; en la práctica no existen guías que no se apoyen en las imágenes, así, su función de anclaje en el texto, considerando a Roland Barthes (1987) es de gran trascendencia; pareciera que el texto sigue lo representado en la imagen, desde luego, de aquellos lugares que han sido seleccionados siguiendo el criterio general de lo pintoresco:

“La iconografía visual convierte en lugares de destino turístico en paraísos, remansos de paz, sin conflictos, fuera del tiempo, donde el visitante se sirve de lo exótico para escapar de los sinsabores de la vida cotidiana. El turista no ve el México “real” en Cancún o Teotihuacan, sino que se conforma con una experiencia placentera y gratificante de lo “hiperreal”: la realidad se ha disuelto en imágenes o representaciones que son experimentadas como si fueran reales, más reales que lo real” (Lagunas, 2007: 119).

Una aclaración inicial que se debe hacer en el texto de este artículo, es que para ejemplificar los rasgos que asumen los acontecimientos histórico-políticos en este tipo de discurso, se tomaron en cuenta guías por estados de México elaboradas por diferentes autores y, principalmente, las presentadas por Telmex y nominadas Viaja con tu Guía, así como algunas de México Desconocido tituladas Rutas Turísticas. Dicha diversidad obedece a que las Guías Roji, que por tantos años aparecieron en el mercado mexicano, han dejado de existir. Sin embargo, como se verá en las ejemplificaciones, no dejan de lado el perfil narrativo, ni el conjunto de características que aquí se van a ilustrar.

En lo general, se puede plantear que las guías trabajan un discurso *fragmentario* de los acontecimientos histórico-políticos. En las presentaciones o introducciones de un estado o ciudad, en su caso, se hace una pequeña narración de diferentes etapas históricas, así, la pre-colombina, la colonial, la Independencia y, si se tuvo que ver, con la Revolución Mexicana. Pocas o ninguna son las referencias a su actualidad histórica-política en la configuración de México como un Estado-nación liberal y “democrático”.

Guanajuato:

“La ciudad de Guanajuato le da la más cordial bienvenida para que descubra

con nosotros lugares como la Alhóndiga de Granaditas, escenario de una de las principales batallas con que se inició la lucha por la independencia de México, o como el Teatro Juárez, que año con año se engalana para recibir a los visitantes del mundo que vienen a disfrutar del Festival Internacional Cervantino, y por supuesto las angostas calles y plazuelas impregnadas de mitos y leyendas que nos llegan desde los tiempos de la Colonia.

Los caminos de Guanajuato nos invitan a redescubrir nuestras raíces como nación en ciudades como Dolores Hidalgo, Cuna de la Independencia y semillero de grandes personajes que nos dieron libertad. Las rutas continúan y la magia se desborda en lugares como San Miguel Allende, con su ambiente bohemio, su historia, su intensa actividad cultural y su gente. La dinámica empresarial y comercial de la “Capital de la Piel”, León, nos dará una idea de la tenacidad con que enfrentan los guanajuatenses los retos del futuro. Otro camino a seguir es San José de Iturbide, que nos conquista con sus enigmáticas bellezas naturales, ideales para la aventura. Los sabores de esta tierra también son un buen pretexto para organizar la visita. Pero sin duda los mejores anfitriones los tenemos en Celaya, con su dulce tradición cajetera, además de su delicada arquitectura creada por un gran protagonista, Francisco Eduardo Tresguerras. Irapuato, máximo productor de fresa en el país, es un lugar de rica historia y pujante presente; mientras que Salamanca, con sus magníficos monumentos y sus artesanales velas escamadas nos espera con los brazos abiertos” (Rutas Turísticas, 2000: 7).

Hidalgo:

“La Reforma estableció un nuevo perfil para la nación, se acotó drásticamente el poder económico de la Iglesia y se fomentó una cultura laica, condiciones necesarias para el fortalecimiento del Estado. La parte oscura de la Reforma fue su carácter iconoclasta e intolerante. El patrimonio monumental artístico e histórico hidalgense sufrió, con estos tan necesarios ajustes, la mayor agresión de que se tenga memoria. Los inmuebles eclesiásticos fueron mutilados, invadidos, demolidos. Se les despojó de sus piezas de arte, pinturas, esculturas; sus bibliotecas y archivos fueron saqueados” (Viaja con tu Guía, 2004: 16).

Cabe resaltar que esta fragmentación se da también en la descripción de iglesias o conventos religiosos cuando ahí se realizó una acción política, monumentos, museos, plazas, edificios civiles o gubernamentales, de lo cual se habla muy poco y no se trabaja un hilo histórico conductor. Es relevante subrayar que lo acontecido políticamente se reduce a una breve indicación al final de las enormes descripciones de las iglesias. El imperativo religioso se impone en todos los guías y el “área civil” se exhibe como un ornamento: “los rituales patrióticos son rituales religiosos” (Lagunas, 2007: 116), así, dicho imperativo sobrepasa en su significación al suceso político.

Parroquia de Santa Pisca y San Sebastián, Taxco, Guerrero:

“Las portadas laterales también destacan en sus tallas una rica iconografía. La sur está dedicada a la Asunción y la Coronación de la Virgen. Las portaditas de los cuadrantes que la flanquean contienen estampas de la vida de Cristo, la Virgen del Rosario y las virtudes teologales. La portada norte conducía al osario y por eso tiene a su lado la representación de la muerte. Por allí salían sigilosos los hermanos de la Cofradía de la Buena Muerte, entonando cánticos

que rompían la serenidad de las noches del Taxco colonial. Aún en el exterior, la cruz atrial, la escultura de san Miguel Arcángel y su espada flamígera, y las propias rejas y barda del atrio son elementos dignos de atención. No puede dejar de mencionarse la presencia en el lado sur del templo de una portada conocida como “La Chocolatera”, que hace las veces de contrafuerte cruzando la calle con dos arcos que sustentan una bóveda de artista. Bajo estos arcos han pasado tropas insurgentes, liberales y revolucionarias, y ha cobijado la curiosidad de viajeros como Humboldt, el científico, o Carlota, la emperatriz” (Viaja con tu Guía, 2005: 63).

Loreto y Guadalupe, Puebla:

“A dos kilómetros al nororiente del centro de la ciudad, se ubica una colina que en el siglo XIX empezó a conocerse como cerro de Loreto y Guadalupe, por los fortines que con ese nombre se edificaron en torno a los dos santuarios. El Fuerte de Loreto se construyó entre 1815 y 1817 para defender a la ciudad de los ataques suscitados por la guerra de Independencia. El de Guadalupe se levantó en 1862, al desatarse la lucha contra los invasores franceses, que fueron derrotados en el enfrentamiento que ahí se produjo el 5 de mayo” (Viaja con tu Guía, 2005: 45).

Lo anterior, nos lleva al siguiente rasgo: la *descontextualización* de los acontecimientos histórico-políticos, ya que si en la presentación del estado o en el relato de iglesias o lugares ‘civiles’ no podemos reconocer lo que sucedió, tampoco en su descripción, porque lo que se pretende es que el turista viaje plácidamente sin enfrentar y conocer los conflictos o confrontaciones políticos que sucedieron o suceden. Los datos que se nos ofrecen sólo sirven para dar mayor autenticidad a lo histórico.

Plaza de Armas, Querétaro:

“¿No es elocuente que esta plaza, sede de los poderes temporales, se haya abierto a espaldas del convento de San Francisco –es decir, del origen misionero de la ciudad–? Se trazó en el siglo XVI. Es pequeña. Con todo, tiene una gracia poco oficial. De acuerdo con el gusto renacentista, forma un rectángulo. Los edificios que la rodean, salvo la “Casa de la Corregidora” –hoy Palacio de Gobierno–, irradian carácter y hospitalidad. Sus arcadas tienen una altura humana, y sus fachadas son una profusión de puertas y ventanas. La plaza se vuelve ojos. Tres hileras de laureles de la India forman nuevos portales, más frescos. Los troncos, encalados, se confunden con las columnas de los otros. Cantera rosa y follajes verdes. Una mariposa, pequeña y blanca, hurga en la fronda vertical de aquel ciprés” (Viaja con tu Guía, 2005: 77).

San Sebastián, Plaza Principal, Jalisco:

“Al avanzar por las calles de Mascota encontramos el *Templo de la Preciosa Sangre* (entre las calles de Rosa Dávalos, I. Ramírez Altamirano y López Cotilla). Por fuera pareciera estar intacto, pero en realidad se trata sólo de los pilares y la fachada de una iglesia cuya construcción quedó truncada debido a las guerras cristeras y la inestabilidad económica del municipio” (Rutas Turísticas, 2000: 19).

Desde la perspectiva mencionada, cabe resaltar que los actores de los acontecimientos se presentan como los grandes héroes de la nación y, si alguno nació en la región, se le hacen especiales valoraciones o reverencias textuales; la *heroicidad* es otro rasgo distintivo. Asimismo, aparecen los monumentos, estatuas, bustos, cuadros, nombres de las calles, etc. Mientras que la comunidad, los seguidores, aquéllos que lucharon, sólo son mencionados en algunas guías como ‘el pueblo’ o en el México precolombino ‘los indios’ con sus posibles afiliaciones: olmecas, tarascos, aztecas, etc.

Uruapan, Michoacán:

“Durante el periodo novohispano, Uruapan fue un punto estratégico, sobre todo para el comercio entre la sierra y la tierra caliente de Michoacán. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, ilustres uruapenses defendieron desde aquí la integridad nacional mexicana, y algunos de ellos fueron ejecutados por las fuerzas francesas que apoyaron el efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo; en la historia se les recuerda como los Mártires de Uruapan” (Viaja con tu Guía, 2006: 134).

Tenango de Arista, Estado de México:

“A 25 km. De Toluca se localiza Tenango de Arista, población de clima templado que se asienta al pie de la zona arqueológica de Teotengo.

Tenango es un sitio repleto de historia. A su pasado prehispánico se agrega su importancia en la Colonia, lo que la llevó a ser incluida en las relaciones ordenadas por Felipe II desde 1580. Durante la Independencia, sus habitantes se distinguieron por su patriotismo, razón por la que fue declarada villa heroica” (Viaja con tu Guía, 2002: 60).

IV. Consideraciones finales

En el artículo, me he referido a ciertos rasgos primordiales que podemos encontrar en las guías turísticas en relación al desarrollo de acontecimientos históricos de índole política en el ámbito de esta escenificación.

Uno de los aspectos que me parece importante relevar es que en este discurso importan más los escenarios, principalmente religiosos, y donde el suceso político aparece como colofón, sin señalar su significación en la historia política de México. Pareciera que lo que vivimos hoy como “república democrática”, todavía con muchos elementos autoritarios, no es destacable, no es parte de la ‘quintaesencia turística’ como Roland Barthes (1973) lo plantea remitiéndose a la Guide Blue francesa. Si el mexicano promedio conoce poco de su historia política, qué puede entender el turista de otro país: una nomenclatura, una fecha y el nombre de un periodo, los cuales seguramente olvidará porque implican luchas y conflictos de un país que es precisamente de lo que el código turístico internacional pretende desprenderse.

Así, los actores colectivos desaparecen ante el resplandor de los escenarios que hoy se imprimen en delicadas imágenes que evocan el haber estado sin estarlo, pero de ninguna manera sin estarlo. Desde este punto de vista, se trata de alcanzar un gran objetivo,

“el de consumir las bases escenográficas, cognitivas y emocionales de una identidad políticamente pertinente y comercialmente vendible, un espíritu urbano unitario que se imponga de una vez por todas a una multiplicidad inacabable de acontecimientos, ramificaciones, líneas, accidentes a veces venturosos de bifurcaciones... Es negado ese caleidoscopio dictado de

inteligencia que el político, el planeador urbanístico y el promotor turístico intentan imponer a la simplicidad de sus esquemas, la paz de las ciudades sin ciudad” (Delgado, 2007: 105).

Los guías, como todo el entorno turístico, desprecian lo político, siendo que sólo refieren a etapas históricas fruto del discurso oficial de la historia que siempre es un pasado antiguo que desemboca, la gran mayoría de las veces, en la Revolución Mexicana. Los nuevos movimientos de la historia contemporánea son invisibles en este tipo de textos, porque no se logra entender que la política está en la base de todas acciones religiosas o artísticas, que es un campo de acción que trastoca todos los ámbitos, sino que es ese ‘algo’ aburrido y tedioso del que sólo hay que hablar muy tangencialmente; pero no es gratuito que tantas poblaciones le rindieran tributo al imperio azteca, ni que los franciscanos se hayan apoderado de los mejores espacios para defender la religión cristiana, ni son naturalizantes las metas y objetivos de la Independencia o de la Revolución. Todo ello es tan relevante que, si no se conoce, pareciera que el turista visita una *lista* de ruinas, iglesias y conventos, plazas, monumentos, etc., listado que, en general, se organiza partiendo de la capital del estado; un itinerario que el individuo va palomeando, pues de lo contrario no conoció la ‘quintaesencia turística’.

Otro aspecto que quisiera resaltar es el de los museos que, en algunos estados, atesoran documentos originales de la historia-política, fotografías de los héroes y otros elementos propios de la época. Y ésta es la sección del museo histórico que el turista se salta; así, dicha sala del museo es la que constituye el espacio más vacío y menos visitado, por ser el salón de las luchas, de los enfrentamientos, el lugar que guarda las asimetrías en las relaciones de poder, aunque sean las que el turismo menciona sin contextualizar.

Desde esta perspectiva, el sentido del relato histórico-político en las guías turísticas se desdobra a través de estrategias discursivas en la fragmentación, la simulación, el oscurecimiento, la falta de justificación, donde se busca una legitimación del poder actuante. Se trata de una visión del mundo o ideología donde, si no se niega el acontecimiento hitórico-político, sí se disimula, se trabaja entre las bambalinas de la escenificación, de una escenificación poblada de edificaciones que en su construcción dejan en el patio trasero la historia-política de los hombres, la memoria de las luchas que atraviesan sus acciones, sus expresiones o manifestaciones y que son parte fundamental de la identidad nacional.

Bibliografía

- ARENKT, Hannah
1997 *¿Qué es la política?*. Barcelona: Paidós e I.C.E. / Universidad Autónoma de Barcelona.
- AUGÉ, Marc
1998 *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa.
- BAJTÍN, M. M.
1985 *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- BARTHES, Roland
1973 *Mitologías*. México: Siglo XXI.
1987 *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós.
1994 “De la historia a la realidad”, en *El susurro del lenguaje*: 163-195. Barcelona: Paidós.
- BIRULÉS, Fina
1997 “Introducción”, en Arendt, H. *¿Qué es la política?*. Barcelona: Paidós, I.C.E., Universidad Autónoma de Barcelona.
- CARR, Edward Hallett
1987 *¿Qué es la historia?* México: Seix Barral.

DELGADO, Manuel

2007 "Ciudades sin ciudad. La tematización “cultural” de los centros urbanos”, en Lagunas,

David (Coord.). *Antropología y Turismo. Claves Culturales y Disciplinares*: 91-108. México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

ENZENSBERGER, H. M.

1965 "Une Théorie du Tourisme", in *Culture ou mise en condition?*. France: Julliard.

FLORESCANO, Enrique

1987 "De la memoria del poder a la historia como explicación", en *Historia, ¿para qué?*: 91-127. México: Siglo XXI.

KNEBEL, Hans-Joachim

1974 *Sociología del Turismo. Cambios estructurales en el turismo moderno*. Barcelona: Hispano Europea.

LAGUNAS, David

2007 "Mitologías del turismo", en Lagunas, David (Coord.). *Antropología y Turismo. Claves Culturales y Disciplinares*: 109-229. México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

LERIVRAY, Bernard

1975 *Guides Bleus, Guides Verts et lunettes roses*. France: Les Éditions du CERF.

MIER, Raymundo

2000 "Apuntes para una reflexión sobre comunicación y política", en *Versión. Estudios de Comunicación y Política. Comunicación y Política. Una nueva relación*, No. 10: 59-105. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

2004 "Segmentación social y creación normativa: surgimiento e historicidad de los sujetos políticos", en *Vinculación problemática entre comunicación, cultura y política*. México.

MONSIVÁIS, Carlos

1987 "La pasión de la historia", en *Historia, ¿para qué?*: 169-193. México: Siglo XXI.

PEREYRA, Carlos

1987 "Historia, ¿para qué?", en *Historia, ¿para qué?*: 9-31. México: Siglo XXI.

SECRETARÍA DE TURISMO

2007 *Programa Sectorial de Turismo 2007-2012*. México: Secretaría de Turismo.

STAVRAKIS, Dimitrios

1979 *Le phénomène touristique international*. France: Thèse, Éditions d’Aujourd’hui.

Guías turísticas revisadas

2002 *Viaja con tu guía, Estado de México*. México: Telmex, Nueva Guía.

2004 *Viaja con tu guía, Hidalgo*. México: Telmex, Nueva Guía.

2005 *Viaja con tu guía, Puebla*. México: Telmex, Nueva Guía.

2005 *Viaja con tu guía, Guerrero*. México: Telmex, Nueva Guía.

2005 *Viaja con tu guía, Querétaro*. México: Telmex, Nueva Guía.

2005 *Viaja con tu guía, Zacatecas*. México: Telmex, Nueva Guía.

2006 *Viaja con tu guía, Guadalajara*. México: Telmex, Nueva Guía.

2006 *Viaja con tu guía, Michoacán*. México: Telmex, Nueva Guía.

2005 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Guanajuato*. México: México Desconocido.

2000 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Jalisco*. México: México Desconocido.

2003 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Arte popular mexicano*. México: México Desconocido.

2004 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Ruta de los dioses*. México: México Desconocido.

- 2005 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Oaxaca.* México: México Desconocido.
- 2005 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Pueblos mágicos.* México: México Desconocido.
- 2006 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Yucatán.* México: México Desconocido.
- 2006 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Morelos.* México: México Desconocido.
- 2006 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Ferias y festivales de México.* México: México Desconocido.
- 2008 *Rutas Turísticas. México Desconocido, Regálate una nueva experiencia.* México: México Desconocido.

